

Rocío

(Acercamiento a una Romería)

Manuel Garrido Palacios*

*La diosa Aurora abre las puertas del día,
engancha los caballos del Sol
y encabeza la comitiva de luz con el suyo propio.*

*Por el camino recuerda a Menon,
uno de los hijos que le dio a Titono,
muerto a manos de Aquiles,
y llora de tal manera su ausencia
que sus lágrimas son desde entonces
gotas de rocío
que cubren de brillo al alba los campos*

(De la Mitología)

* Antropólogo. Director de cine documental. De la Academia Norteamericana de la Lengua.

MÁS que el Rocío yo diría los Rocíos que empezarán a brotar pronto bajo distintas advocaciones, y señalaría el término «rociero» como nombre del que peregrina a El Rocío en Almonte, Huelva. Eran «palmeros» los que iban a los Santos Lugares y regresaban con palmas que les servían de testigo. Eran «peregrinos» los que seguían el Camino de Santiago para postrarse en el Campo de la Estrella ante la tumba del Apóstol. Eran «romeros» los que llegaban a Roma a orar ante la de Pedro. Por esta Andalucía baja se conoce como «romero» o «peregrino» al que va a cualquier romería, siendo la de El Rocío la que acuña nombre propio, «rociero», para el individuo que cada año acude a ella.

Es un hecho que a períodos fijos de tiempo los pueblos remueven los arcones del alma y se echan a andar hacia sus lugares sagrados para pedir, recordar, agradecer, ofrendar: para vivir «más allá» de la rutina diaria. Lugares sagrados y comunes por geografía, etnia, filosofía o religión. No es algo exclusivo del cristianismo: todas las culturas ofrecen ejemplos de este fenómeno social de movimiento humano cuya meta es ese Santuario, Catedral, Ermita o cueva —el primer templo escogido por y para la Divinidad fue el bosque—; lugares, en fin, donde se venera la imagen de culto comunitario, donde se asume el ancestro.

En los programas de las fiestas, desbrozando publicidad —aunque cabría hablar de ella: hay quién cree que no participar con su anuncio en los folletos de la Santa o el Santo les trae perjuicio económico en el año— y bastante palabrería, se pueden distinguir entre líneas una serie de actos, litúrgicos o no, que dan cuerpo al ritual. Veamos:

Ya que el fin principal de una romería es contactar con lo sagrado, lo primero que han de hacer los que van es purificarse. He ahí el primer enunciado del programa: misa, reunión de grupo en comunión, identificación. La Divinidad, a través de sus mediadores —Santos, Vírgenes— llama a los humanos a Piedras Albas, Santa Eulalia, la Peña, Montemayor o El Rocío, pero los quiere limpios por dentro. Dicho en pasiva: la comunidad que escoge ese día para sentirse llamada lleva lo mejor de sí para ser digna de ser recibida: el alma lavada de errores, faltas, odios. Y, ya puestos, nada mejor para ser parte de esa Divinidad que hacerla propia, meterla dentro del cuerpo comiéndola en Formas Sagradas, comulgando en la misma mesa del Gran Banquete, cosa, por otra parte, tan antigua como el ser humano, que cuenta con variantes curiosas como la de los aztecas anteriores al Descubrimiento, según Frazer recoge del historiador Acosta: «por mayo y por diciembre hacían de

masa de harina la imagen de la Divinidad, y la rompían después en trozos que eran repartidos y comidos».

Se anula con ello, en una breve tregua, la disposición al mal, al disgusto, al conflicto, dejando el ánimo proclive al amor Divino, sin descuidar el humano, pues suelen ser días fértiles para ese otro milagro del emparejamiento. Se canta que en El Rocío...

*...las riñas se vuelven bromas
en cuanto grita una voz:
¡Viva la Blanca Paloma!*

Para llegar al «sitio sagrado» se camina; ese andar es ya «penitencia» que purga. Camino que se hace ante los demás, ante el «otro» que no va, para, además de penar, sentirse parte de esa Divinidad que se lleva a hombros, que se eleva en andas por encima de lo humano, a la que se le ofrecen flores, símbolo aquí del nuevo ser que surge tras la comunión religiosa. Todos conocemos casos de personas que solamente entran en el templo ese día, o que confiesan y comulgan, no habiéndolo hecho en el resto del año, lo que refleja la necesidad del individuo de contactar con lo Sagrado a períodos cíclicos, a lejanas coincidencias de memoria.

*El que quiera ir al Rocío
que coja por las arenas,
no vaya a ser tan malage
que vaya por carretera.*

El paseo a caballo aporta su tinte social al evento; el «más poderoso» se mezcla con el «menos» para adorar juntos a aquel «Poder» superior que no conocen, pero que intuyen allí representado, que temen y respetan ambos: uno sobre el podio de su silla de montar, otro sobre sus pies, a ras de suelo, reafirmando distinción.

El camino se puede hacer a pie, como debió ser en el origen, siendo el espíritu lo más rico a llevar ante el Ser Sagrado. Otros utilizan el camino para mostrar su riqueza, y también por ello, al verse favorecidos, creen estar más cerca de esa Divinidad que espera a todos. Al repasar la historia de las peregrinaciones aparece en estas un fuerte rasgo de ascetismo: son largas, tediosas. El camino, plagado de escollos, a veces extremos, en vez de acobardar a los romeros, les da estímulos. Hoy, la abundancia de medios de transporte puede hacer que un romero atienda a dos advocaciones en el día.

Ya en el lugar, surge la fiesta donde el llegado es recibido con comida y bebida abundantes. Produce alegría la entrada de un nuevo adepto, se

refuerza el grupo, es gozo interno que sale a emparentar con el «romero» venido que se suma al grupo, digamos, ya un tanto elevado por esa otra comunión pagana del vino y la tapa, cobijado todo bajo el manto de la mano bienhechora y sagrada que nunca va a castigar duramente por esas fechas, pase lo que pase. El «lugar sagrado» se convierte, pues, en meta final de penitencia.

El Hermano Mayor porta una «vara patriarcal» con la que guía a la comunidad. Va en cabeza, preside, nada se hace sin él, es el elegido, mediador en el plano social, junto al sacerdote, que lo es en el espiritual, ambos en concordato imprescindible como Maestros naturales de ceremonia. La fiesta no se concebiría sin ellos. La carne y el vino que este Hermano Mayor reparte gratis rememora los antiguos sacrificios de animales que se le ofrecían a la Divinidad, que eran cazados por él por ser el más sabio, hábil, diestro, valiente, capaz de proteger, premiar, castigar hasta la muerte. Hoy la mayoromía se canaliza a través de responsabilidades burocráticas, organizaciones de pujas y mantenimiento de imagen y cofradía, sin desprenderse de la pátina de rango social. Aquella carne y aquel vino primarios eran ya, y siguen siendo, una comunión.

A pesar del tiempo transcurrido, aparentemente largo, nuestros días no son sino un arañazo en la gran historia de la Humanidad, y las semejanzas que podamos intuir con los primeros tiempos son más numerosas que las diferencias. Son los rituales de cada año como el barrón que retiene la duna móvil de la tradición, cuyo ciclo repetido consideramos útil para nuestra llevancia de la vida; son «eso» que debemos a «un pasado salvaje, que nos legó en herencia», por mucha fanfarria de datos puntuales que le echemos a la cuestión, por mucha imaginación que mostremos al localizar el hecho o en decir que lo inventamos en el socorrido siglo XVIII, donde parece ser que todo se inventó. Debemos a los predecesores más de lo que tenemos como nuestro, aunque el meollo suene tantas veces seco dentro de la cáscara que lo cubre, cuando lo removemos en las fiestas y no entendamos por qué suena.

Hablaba al principio de «rociero» como el que peregrina a la aldea mágica de Almonte, portalón de Doñana, ese otro templo de la Naturaleza tan en peligro también, quizás porque el hombre ya no lo considera tan sagrado; lugar donde existen otra especie de grandes sacerdotes –sin que ni ellos mismos lo sepan– como pepe Valladolid, Manolito el Abejero, Curro Patalarga, Luis el Patero, los pajareros, los tramperos, los furtivos, los guardas, los guías... Templo infinito que se une en vuelo corto a otros templos más allá del río grande, el Guadalquivir, donde empieza Cádiz, en cuya capi-

tal –dice Filostrato– los agonizantes no exhalaban el último suspiro mientras la marea estaba alta.

En estos casos siempre me viene la duda envuelta en una copla, como la que cantaba Pepe González:

*¿Qué tendrá la marisma,
qué tendrá el río,
qué tendrán las arenas,
Paloma,
de este Rocío?*

Y en las palabras sabias de un viejo Maestro en estas lides de la duda humana, cuando dice que «aquello que llamamos verdad no deja de ser lo que a cada uno nos parece la mejor de las hipótesis».